

Reseña

Melissa S. Williams (ed.). *Deparochializing Political Theory*. Cambridge: Cambridge University Press, 2020. US\$75.55 (ISBN: 139781108480505), 324 pp.

Diego Rossello

Universidad Adolfo Ibáñez, Chile

La tensión entre particularismo y universalismo ocupó el centro del debate teórico durante el proceso de globalización de fines del siglo XX. Si el particularismo visibilizaba las minorías étnicas, los regionalismos e incluso cierto tipo de nacionalismo, el universalismo buscaba ofrecer un marco normativo para una globalización liderada por la economía que propagaba la cultura occidental a todo el planeta. Debilitado el impulso de la globalización luego del Brexit, y agotado el debate académico entre particularismo y universalismo sin un vencedor evidente, se abre un espacio para nuevos abordajes posuniversalistas que intentan dar cuenta de las coordenadas filosóficas, políticas y culturales del mundo por venir. En este contexto, el libro editado por Melissa S. Williams, profesora del Departamento de Ciencia Política en la Universidad de Toronto, resulta una guía útil para repensar las categorías con las que conceptualizamos la política mundial y nuestro lugar en ella. En particular, el libro desarrolla la agenda de la ‘teoría política comparada’ que procura, por un lado, reflexionar sobre la marcada identidad occidental de la teoría política convencional y, por otro, abrir dicha identidad al aporte de otras tradiciones filosófico-políticas y culturales. El resultado es un libro desafiante que da inicio a una reformulación del canon de la teoría política tal y como lo conocemos.

Como es sabido, tanto la idea de un ‘canon de la teoría política’ como los textos que lo componen —desde Platón hasta Rawls— se

han mantenido vigentes en los últimos cincuenta años. Con adiciones y sustracciones menores, la idea de un canon vertebrador de las grandes preguntas de la condición humana no solo ha permanecido, sino que se ha visto fortalecida por la expansión del currículum en las artes liberales, más allá de las fronteras de la academia estadounidense. Sin embargo, la expansión global de la educación en las artes liberales trajo consigo nuevos cuestionamientos acerca de la conformación del canon. En particular, se cuestionó el hecho de que predominaran en él textos de la tradición occidental, así como sesgos de raza y género, todo lo cual ha fogoneado las batallas culturales recientes sobre la denominada ‘cultura de la cancelación’. En este sentido, los académicos y académicas que contribuyen al volumen hacen un esfuerzo sostenido por de-centrar y re-centrar el canon de la teoría política, y lo hacen a partir de la escucha profunda, del diálogo transformador y de la apertura a nuevas constelaciones culturales, así como a las preguntas —a menudo incómodas— que pueden surgir de esas disposiciones.

Deparochializing Political Theory comienza con una introducción de la editora, en la cual rinde tributo a profesores como Roxanne Euben, Fred Dallmayr, Anthony Parel y Bhikku Parekh, entre otros, por sus contribuciones inaugurales a la agenda de investigación de la teoría política comparada, hoy convertida en un vibrante campo de estudios. Williams reconoce que desparroquializar la teoría política es un proceso largo y trabajoso, debido a incentivos institucionales y profesionales que tienden a premiar la perpetuación del *statu quo* epistémico —el canon occidental—, en lugar de promover su revisión y apertura crítica. Para Williams, una era global reclama “que podamos expandir nuestros recursos para entender la política más allá de los generados por la historia de la experiencia política en las sociedades europeas y sus asentamientos coloniales” (8).

El ensayo del teórico canadiense James Tully reivindica el pensamiento político comparado como una manera de desparroquializar la teoría política. Aunque Tully reconoce afinidades con quienes buscan ‘provincializar’ o ‘descolonizar’ el canon de la teoría política, el autor avanza sin embargo en la formulación de un vocabulario teórico propio. Para ello, Tully pone énfasis en la apertura al diálogo que caracteriza a la hermenéutica de Hans-Georg Gadamer, sin dejar por ello de lado la imbricación entre saber y poder identificada por Michel Foucault. Desde

ese vértice óptico, Tully hace un llamado a reconocer que todo pensamiento ocurre al interior de tradiciones culturales y de reflexión, pero sugiere que de ello no se sigue sin más la cerrazón o el enclaustramiento. Por el contrario, Tully nos invita a cultivar la escucha profunda, el sentido de contingencia de nuestras creencias y la empatía, para lograr una “elucidación y transformación recíprocas” (45).

El capítulo de Leigh Jenco dialoga críticamente con el de Tully. Jenco busca ir más allá de la tensión entre particularismo y universalismo, repensando el rol de lo local en un mundo global. Para Jenco, la oposición entre la uniformidad global y la diferencia cultural radical hace del legado occidental moderno una especie de destino ineludible. Por el contrario, Jenco busca reconcebir lo local como un “espacio particularizado para la circulación del conocimiento” (62). Jenco critica la tendencia en los abordajes críticos y poscoloniales a apostar por un de-centramiento del canon que no logra abordar contextos no occidentales concretos en su complejidad. De este modo, frente a los diversos ímpetus deconstructivos, Jenco reivindica no el de-centramiento, sino un re-centramiento del canon. Este re-centramiento implica evitar el gesto que se refiere a un canon europeo común y preestablecido, para multiplicar las localidades en que el conocimiento puede ser generado e intensificar las conexiones entre esos nuevos nodos generadores de conocimiento alternativo.

Junto a los textos de Tully y Jenco, la contribución de Melissa Williams sobre cómo desparroquializar la teoría democrática también opera como una metarreflexión sobre las condiciones de posibilidad de una teoría política comparada. Williams enfrenta el desafío que implica para la teoría democrática una globalización basada en el modelo de Estado-nación westfaliano y la democracia liberal occidental. En este contexto, Williams explora el cosmopolitismo alternativo en la doctrina *tian xia wei gong* o *tianxia* —“un espíritu común y público que gobierna a todos bajo el sol” (209)—, a partir de la cual China conceptualiza su nuevo rol hegemónico en el orden global. De acuerdo con la lectura que hace Williams del filósofo chino Zhao Tingyang, *tianxia* no sería simplemente una justificación de la dominación tradicional dinástica china, sino que ofrecería recursos conceptuales para conformar un tipo de cosmopolitismo no occidental. Asimismo, Williams discute el concepto de ‘autoritarismo deliberativo’ para dar cuenta del modelo de organización política imperante

en China, un modelo que no encaja fácilmente en los marcos conceptuales de la teoría democrática occidental tradicional.

Otros capítulos del libro, como los de Ken Tsutsumibayashi y Young-min Kim, ofrecen estudios de caso que dan cuerpo al enfoque de la teoría política comparada. El capítulo de Tsutsumibayashi reflexiona sobre la teoría política vista desde lo que denomina 'la provincia más al este', es decir, desde Japón. La peculiaridad de estar 'más al este' otorga a Japón una perspectiva particular según la cual, al menos hasta mediados del siglo XIX, tanto Corea como China eran consideradas como parte de Occidente. De este modo, cuando en la segunda mitad del siglo XIX Japón debe procesar el impacto de la cultura europea, se inicia una relación de amor y odio con dicha cultura. Por un lado, Tsutsumibayashi afirma que ciertos intelectuales japoneses favorecían la importación del cristianismo europeo, al que pretendían mejorar y reenviar al mundo imbuido de una nueva reforma. Por otro lado, sin embargo, la intelectualidad japonesa advertía que la cultura europea occidental no tributaba el respeto debido al Japón ni a sus ciudadanos alrededor del mundo, quienes fueron a menudo objeto de leyes raciales y de inmigración discriminatorias. El capítulo de Kim, por su parte, problematiza el estatus intelectual e historiográfico del 'confucionismo', entendido como tradición característica del pensamiento en China. Kim sugiere que no existe algo así como una tradición confucionista coherente, sino que aquello que vincula a los confucionistas sería "no el contenido de sus ideas sino la identidad colectiva que ellos mismos construyen" (95). De este modo, la existencia de confucionismos conservadores, progresistas, perfeccionistas, políticos, entre otros, constituye un desafío para la teoría política comparada. Kim entiende que una línea coherente de pensamiento al interior del confucionismo es la denominada *daoxue* o "el camino del aprendizaje verdadero" (97) que, debido a sus tendencias antidespóticas desarrolladas bajo la China imperial, podría ser equiparado con el rol que el republicanismo desempeñó en la teoría política europeo-occidental.

Además, el libro incluye reflexiones sobre lo que significa enseñar teoría política comparada en un mundo global. El capítulo de Stephen Salkever propone que la teoría política comparada no debe enseñarse como una especialidad disciplinar particular, sino como parte integral del currículum en las artes liberales. Para ello, Salkever tematiza las estrategias de lectura propuestas por clásicos del pensamiento político

contemporáneo, desde Leo Strauss a Aisdair Macyntire, pasando por Michel Foucault y Charles Taylor. Salkever concluye que la mejor manera de enseñar la práctica de la teoría política comparada es haciendo foco en los textos y robusteciendo los abordajes de su interpretación. Hacer foco en los textos, sugiere Salkever, implica seguir el consejo del poeta estadounidense Walt Whitman cuando nos invita a vincular “las prácticas de lectura interpretativa cuidadosa con la ciudadanía democrática participativa” (237). Por su parte, Terry Nardin reflexiona en su capítulo sobre la experiencia de ejercer como profesor de teoría política comparada fuera de Estados Unidos. Apoyándose en su experiencia como profesor de los cursos de artes liberales dictados en Yale-NUS —institución que surge del acuerdo entre Yale University y la Universidad Nacional de Singapur—, Nardin se pregunta por los límites del canon de la teoría política, así como por las barreras que dividen a Oriente de Occidente. Nardin discute en particular el curso ‘Filosofía y pensamiento político’ que se dicta en formato anual, y que incluye a autores y textos del canon occidental como Platón, Aristóteles y Hobbes, junto a otros de China y la India —como *Analectas* de Confucio y el *Bhagavad Gita*.

Aunque por razones de espacio no podremos abordarlos en detalle, a los capítulos ya discutidos se agregan las contribuciones de Joseph Chan y Franz Mang sobre el mito de la soberanía popular en contextos islámicos y confucionistas; el de Baogang He y Mark E. Warren sobre la meritocracia en China, y el de Duncan Ivison sobre por qué debería globalizarse el currículum de enseñanza. Considerado como un todo, *Deparochializing Political Theory* es un libro necesario en momentos en que el cultivo de una sensibilidad hospitalaria a las diferencias culturales parece estar cediendo a los etnonacionalismos, a los populismos localistas y a los parroquialismos de diverso tipo. Sin embargo, también cabe preguntarse si el libro logra discutir y descartar vocabularios teóricos alternativos o que pueden estar en tensión con el propuesto por la teoría política comparada. Abordajes poscoloniales y decoloniales, conocidos en América Latina pero también en otras latitudes, se traslapan con el texto reseñado en el cuestionamiento de sesgos geopolíticos y culturales que afectan tanto la educación como la política de nuestros países. Tal vez porque el foco del libro está puesto en abrir una puerta de diálogo hacia el Oriente, el espacio híbrido —en parte occidental, pero nunca del todo occidental— que significa América Latina, así como los discursos

aquí generados, queda vacante en la interrogación. Cabe preguntarse, entonces, cómo podría desplegarse la teoría política comparada y la educación en las artes liberales en América Latina, y qué desafíos y transformaciones les impondría el contexto latinoamericano, con sus agendas pendientes de desarrollo económico y social, reconocimiento de pueblos originarios, igualdad de género y desafíos medioambientales.

Para concluir, cabe resaltar que el libro editado por Williams constituye un aporte sofisticado a diversos ámbitos del conocimiento. Académicos/as interesados/as en la historia, el desarrollo y el propósito de la educación en las artes liberales; especialistas en educación interesados/as en cómo ella funciona en contextos multiculturales; especialistas en teoría política y social interesados/as en los desafíos culturales que presenta la globalización; académicos/as en el área de la filosofía política con interés en revisar los presupuestos del canon de la teoría política, así como académicos en las humanidades, en general, se enriquecerán de una lectura cuidadosa de este libro que explora desafíos urgentes de nuestro tiempo. *EP*